

LA HUELLA MUSULMANA EN LA COLEGIATA

Esta historia, no sacada a la luz hasta ahora por ningún historiador, se debe a Bernardo Pérez de Chinchón que según aparece en el libro *Biblioteca Valentina* de Josep Rodríguez. Valencia 1747 (Edición de Eliseu Climent Val.1977 con prólogo de Joan Fuster) ” ... fue en 1530 Canónigo de la Santa Iglesia Colegial. Doctor Teólogo. Sugeto Histórico y muy Noticioso de la África, y de la Asia. Perito en lenguas latina, griega, arábiga, y en la que los moros de España llamaron Algarabía”.

El escrito del canónigo está en castellano antiguo de difícil lectura y yo, de la mano de mi buen amigo el profesor La Parra, me permito transcribirlo aquí en correcta y normalizada prosa castellana.

En el año de gracia de 1410, el Duque Real Alfonso el Viejo, en agradecimiento a la Virgen Nuestra Señora que libró a la ciudad de la peste bubónica, inicia en Gandia la construcción de la Iglesia de Santa María que años mas tarde sería ampliada por la Duquesa María Enríquez. Vivían en el barrio del Raval a extramuros de la ciudad, un grupo de 40 familias mudéjares, cuya riqueza principal era el trigo que, después de segado, trillaban y aventaban en unas eras situadas cerca del Palacio, justo donde el Duque Real decidió levantar la mencionada Iglesia. Los sarracenos intentaron defender la propiedad de aquellas tierras aduciendo sus derechos consuetudinarios avalados por varias generaciones y decidieron ocupar las eras acompañados de sus mujeres e hijos. Hubo gran revuelo en la ciudad ante esta insurrección pacífica, pero al fin, la intervención de Pere March con cien hombres de a caballo, hizo que los musulmanes depusieran su actitud. Abandonaron aquellas tierras y los muros de la nueva Iglesia comenzaron a crecer.

Para compensar de algún modo el quebranto económico que supuso para los musulmanes el tener que construir nuevas eras al norte de la ciudad, cerca del Castillo de Bayren, el Duque Real llevado de su magnanimidad y previa dispensa eclesiástica para que los infieles pudieran manipular objetos religiosos -las piedras del Templo eran consideradas como tales- contrató a 12 sarracenos muy diestros en los trabajos de cantería para la construcción de la Iglesia.

En 1412, a la muerte de Alfonso el Viejo, hereda el ducado su hijo Alfonso el Joven, de ingrata memoria, no solo por su carácter cruel y violento, sino también por su avaricia y tacañería que le llevó a doblar los impuestos y reducir el escaso sueldo de los mudéjares que trabajaban en las obras de Santa María.

Aquellos hijos del profeta Mahoma, soliviantados por los desmanes del Duque e inducidos por el Alfaquí, con el argumento de que estaban trabajando para gloria de otro Dios ajeno a Alá, decidieron tomar venganza. Se había terminado de levantar el cuarto contrafuerte con enormes piedras de sillería y comenzaban a formar el arco desde ambos lados para terminar de unirlo en el punto más alto. Sin duda era el trabajo más difícil y peligroso. El plan consistía en rebajar la mezcla de argamasa para que, al completar el arco pudiera derribarse fácilmente desde uno de los andamios que previamente habían fijado para no ser arrastrado en la caída.

Como todos los días, a la salida del sol comenzaron los trabajos de picapedreros, peones, albañiles, carreteros, carpinteros y sogueros. La mañana transcurría con la monotonía y el ruido de todos los días. A las 11, siguiendo una costumbre inveterada, llegó el Duque Alfonso el Joven acompañado de un grupo de cortesanos para observar el estado de las obras. Les acompañaba el maestro de obras Ruiz de Monforte dándoles las explicaciones pertinentes. Y de pronto, a una señal convenida, los sarracenos se pasaron al andamio asegurado y se produjo el derrumbe del arco. El estrépito fue tremendo. Gritos de pánico, ruidos de cascotes y una nube de polvo lo envolvió todo. Hubo 6 muertos y 14 heridos. El Duque salió ileso y decidió paralizar las obras. Los diez mudéjares fueron lapidados y emparedados en los propios muros de la Iglesia.

Muchos años más tarde, en 1497, otra vez los musulmanes volvieron a ser protagonistas. El cultivo de la caña de azúcar en la huerta de Gandia estaba en todo su esplendor y la Duquesa María Enríquez con el dinero que producía aquel azúcar que se vendía por toda Europa, decidió ampliar aquella Iglesia de Santa María de la Asunción que el Papa Alejandro VI elevaría a Colegiata.

José Miguel Borja.